FLORES

MARCELO FUENTES
ROSA ARTERO

SEPTIEMBRE-OCTUBRE

FLORES

Preliminar de Andrés Trapiello

Pinturas de Rosa Artero y Marcelo Fuentes

SEPTIEMBRE/ OCTUBRE 2017

JUAN MANUEL LUMBRERAS
GALERIA DE ARTE

HENAO, 3 · 48009 BILBAO · TEL. 94 424 45 45
galeria@galerialumbreras.com · www.galerialumbreras.com

M- *Flor nº128* 29,7x 35,7 óleo-lienzo

DE LAS FLORES Andrés Trapiello

Meter flores en las casas: ese sí que fue un gran paso para la humanidad. Si la costumbre de poner árboles en las calles es relativamente reciente, del siglo XIX, la de cultivar flores en los jardines es muy antigua, acaso porque las flores forman parte, con algunas pocas cosas más (el amor a los niños o las puestas de sol, según la neurociencia), de aquello a lo que el ser humano de todas las civilizaciones y épocas es sensible, naturaleza en estado puro, diríamos, belleza sin pasar por el fielato de la cultura. Pero el día en que alguien cortó unas flores de un rosal silvestre, o las que vio a un lado de un camino, sin nombre, ingenuas, humildes, y las puso en un vaso con agua, sobre una mesa (o en el suelo, en una jarra, porque eran tan pobres que no tenían ni jarrones ni dónde ponerlas, como nos contó un día Ramón Gaya de su propia casa, en Murcia, país de las flores), algo importantísimo estaba sucediendo en la historia de las civilizaciones, algo profundo había cambiado en el alma humana, algo a lo que esta ya nunca renunciaría. Las flores trajeron a nuestras casas no sólo la naturaleza, sino un modo de estar que era desconocido hasta entonces. Con flores en la casa todo se silencia, el tono de las conversaciones se reposa, la vida se apacigua. ¿Quién, consciente, gritaría con unas rosas como testigo? Si a las flores se les habla mientras siguen unidas a su planta, arbusto o rama, a las que están en un jarrón o en un vaso con agua se les escucha, porque sentimos que nos están diciendo algo. ¿La música callada no viene acaso de unas azucenas, en San Juan de la Cruz?

La convención de que las flores pueden simbolizar conceptos abstractos es también antigua. No sólo se compara a las mujeres con flores (principalmente con la rosa), sino que a menudo las flores son encarnación (si podemos decirlo de este modo) de conceptos abstractos (pureza y castidad, la azucena; voluptuosidad, el nardo, etc.). Que hablen no sólo a través de su perfume ha

hecho que desde antiguo los hombres hayan desarrollado abundante literatura sobre "el lenguaje de las flores", aquel del que se sirven ellos para expresar sentimientos propios más o menos inefables, de dicha, de melancolía, de dolor: regalar un ramito de violetas a la mujer amada, poner un jazmín entre las páginas de un libro, llevar crisantemos a una tumba, meter en el ojal de la chaqueta una margarita, camino del baile...

Las mismas flores dirán cosa diferente en un jardín o en un jarrón. ¿Pero son acaso las mismas flores? ¿No se transforman? Sí y no. Al reunirlas, al apretarlas en un ramo, esas flores que estaban cada una de ellas en lugares diferentes y aun distantes entre sí, se diría que empiezan un coloquio interminable. Unas veces serán flores de diferentes especies (esos ramos monumentales y variopintos a los que tan aficionados eran los pintores del siglo XVII, que trataban de resumir en un jarrón todo el paraíso), y otras, del mismo género (un ramo de rosas solas, o de claveles solos, o de lirios, o de calas), pero en cualquier caso iniciarán entre ellas un diálogo nuevo, siempre diferente, irrepetible. Y aún diríamos más al elevar el hombre a rango de flores cosas que no lo son en absoluto. Sucede cuando el pintor Ramón Gaya pone en una de sus copas de aguador un puñado de perejil, o Van Gogh unos cardos o esa flor hipertrofiada que es un girasol, o una muchacha japonesa, mediante el arte al que ellos han dado el nombre de origami, figura con trozos de papel de seda flores no conocidas. Y lo que dicen esas flores en el jarrón de cosas no son las mismas que las que hablaban en su planta… pero recuerdan las que hablaban allí.

Esto nos lleva a otra cuestión. Hay flores que ganan en jarrón, copa o vaso, pero por lo mismo que hay pájaros de canto admirable que no se dejan criar en cautividad, hay flores a las que no

podríamos arrancar de su medio natural sin destruirlas: pensemos en las ninfeas o nenúfares de los estanques o el edelweiss que nace sólo en las cumbres nevadas, por no referirnos a todas aquellas que como las amapolas o los cantuesos se marchitarían apenas arrancadas (preferidas de los impresionistas), o los jazmines o las magnolias o el azahar de los naranjos, que sólo son elocuentes cuando conciertan sus voces y dicen entre muchas lo que acaso una sola no sabría expresar tan bien.

Los poetas han prestado atención desde antiguo a las cosas que las flores nos dicen, conscientes de que cada una de ellas trae algo nuevo también y diferente, nunca dicho. Recordaba Juan Ramón Jiménez, el poeta que más constantemente se ha ocupado de las flores, a su madre, "mama Pura", que le decía: "Hijo, la rosa no cansa", así, en singular, como la llaman también los jardineros y floristeros, dando a entender que no cansa porque siempre dice algo nuevo, delicado y fuerte, original y eterno. Y el propio Juan Ramón hubo de recurrir a la rosa para dar a entender lo que era un poema y la perfección a la que este ha de aspirar, una perfección natural sin afectación posible, ni sobrecargada ni incompleta: "No lo toques ya más, que así es la rosa", definiendo a un tiempo rosa y poema.

Los pintores, como los poetas, han sido desde los orígenes mismos de la pintura moderna, es decir, desde el Giotto, sensibles a las flores y han buscado su proximidad de la mano del arcángel anunciador o en la pradera donde tiene lugar un encuentro pagano de ninfas y de dioses.

Marcelo Fuentes y Rosa Artero han pintado todos estos cuadros. Han hecho su propio jardín, han llenado su casa de flores, y la nuestra, y la casa común de la pintura. Sólo flores. Son pinturas bellísimas, todas, unas por unas razones, otras por otras. Es muy difícil elegir "un cuadro preferido" entre tantos, porque como las flores también, que no se dejan elegir fácilmente, cada uno tiene su propio misterio, su encanto, su delicia. Y es buenísima idea darlos juntos aquí, mezclados, como flores también de un ramillete común, sin "tuyo" ni "mío", que decía don Quijote en el maravilloso discurso de la edad dorada o florida.

Las flores de los pintores no son exactamente las que tenemos en nuestras casas. Las nuestras acaban marchitándose. Las suyas, si están vivas, estarán eternamente vivas. Y estas lo están y lo estarán ya para siempre. Incluso cuando un pintor pinta siemprevivas, esas flores rarísimas que nacen y viven secas como flores del desierto, hace que en su cuadro parezcan más vivas y jugosas de lo que realmente están, como creo recordar que aparecen en un cuadro de Ensor. Porque las flores son la metáfora por excelencia de la vida, de la brevedad de la vida, de lo que pese a su belleza no logrará vencer la muerte. A eso atienden los poetas y pintores, y cuantos ponen un ramo en jarrón o vaso. Pero al mismo tiempo las flores nos recuerdan a todos que la vida no empieza ni acaba en nosotros, que nos iremos, "y seguirán los pájaros cantando", y habrá rosas en un jarrón y en un vaso muchos años después de que nosotros hayamos partido… Sí, volverán las oscuras golondrinas, no otras diferentes de las que vimos, no, las mismas, y el ruiseñor que canta en lo más cerrado de la enramada hoy en Extremadura es el mismo que escuchó Keats en Inglaterra hace doscientos años, y cualquier rosa que nazca hoy en el más remoto confín es la misma que cantó Ronsard. Y por eso cuando un poeta y un pintor, arrobados por la lozanía y belleza de una

flor, se quedan contemplando tal o cual flor, están pensando en lo más íntimo de sí que acaso ellos sean también el mismo poeta y el mismo pintor que hace doscientos años veía esas flores, el mismo que dentro de doscientos años repetirá el rito de cortar unas flores y juntarlas en un ramo, como junta los colores en su paleta, antes de ponerse a pintarlas. Y pensará el poeta que su libro es el mismo libro que escriben todos los poetas, y el pintor pensará que sus cuadros son los mismos que pintaron todos los pintores antes.

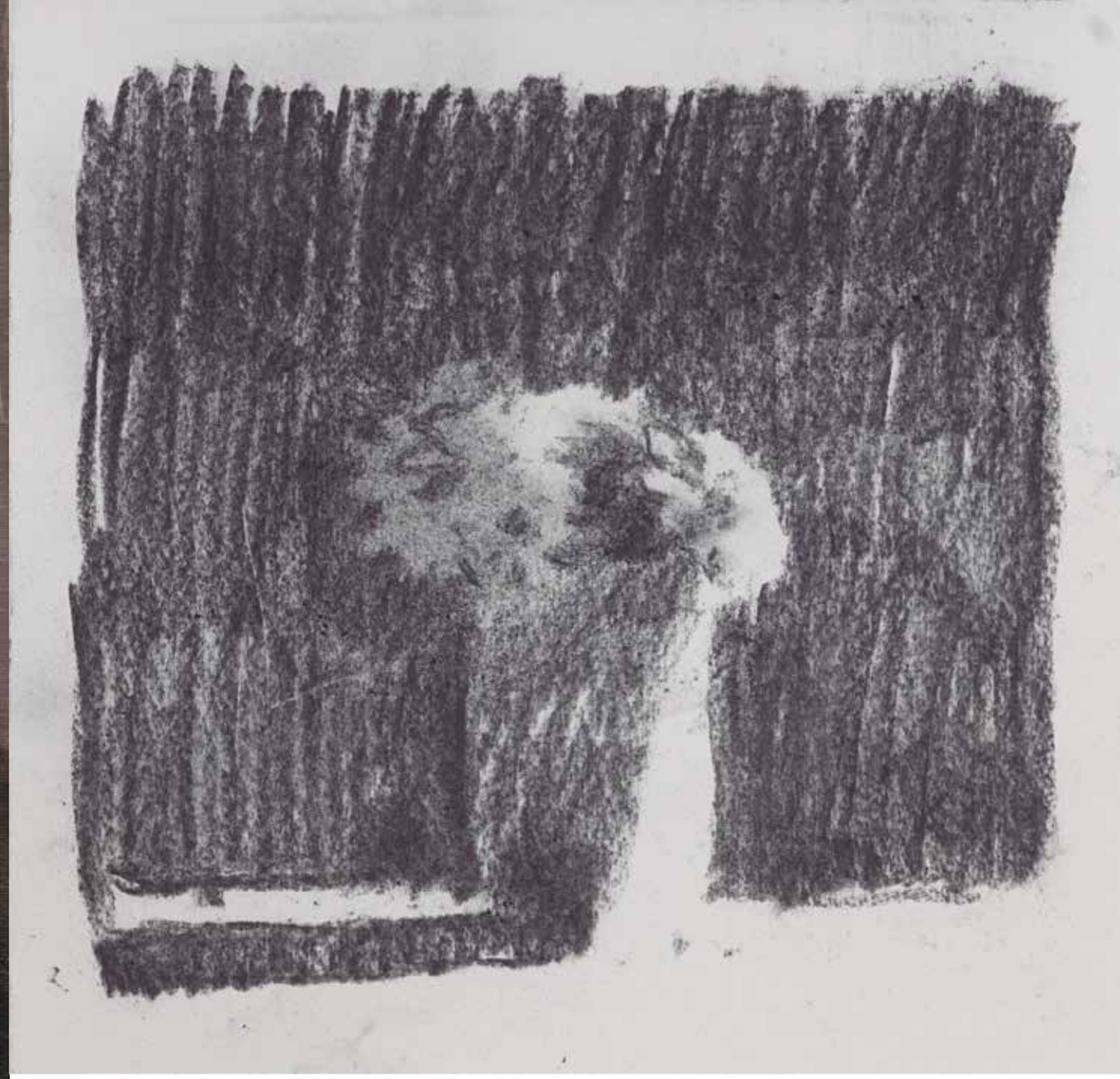
Marcelo Fuentes y Rosa Artero han pintado muchas rosas porque "la rosa no cansa", pero han pintado algunas otras también (crisantemos sobre todo, blancos, amarillos, tan japoneses), porque miradas de cerca, no cansa ninguna. No hay niño que no sea bellísimo ni ninguno podría sernos ajeno (y qué feo el reñir de los adultos delante de los niños o las flores), y lo mismo nos sucede con esta, y si no, volvamos la mirada a los maestros: Fantin-Latour (el Chardin de las flores) o Morandi (el Fantin-Latour de la modernidad) seguramente son los primeros que se habrán encontrado Rosa y Marcelo... Cuando un pintor se pone delante de unas flores, desparece casi toda la historia de la pintura, como si las propias flores les llevaran de la mano adonde ellas quieren (y qué bellas son a veces las pinturas de los niños, mal llamadas naïf, cuando pintan esas grandes margaritas que son soles con pétalos). También nuestros amigos han elegido sus flores. Cada pintor tiene las suyas preferidas: las de Monticelli eran flores bravías y sin nombre que parecen crecer en los barbechos, de vida abrupta y corta (y de ahí que parezca él querer pintarlas siempre en un arrebato, antes de que se marchiten definitivamente); Chardin y sus botones de azahar; Van Gogh, los lirios y los girasoles, y pensando en Japón, cerezos y ciruelo en flor; Odilon Redon las anémonas y dalias que parecen de otro mundo, submarinas; Gaya las rosas, las anémonas y

jazmines; Monet, sus nenúfares; Velázquez, en un búcaro de cristal, esas mínimas, delicadísimas, confidentes flores de la infanta Margarita, margaritas, rosas, lirio, casi aire, como todo lo suyo… Hasta Solana se atrevió con unos gladiolos, si no me falla la memoria, que es flor imposible de bodas y cementerios.

Aquí les dejo con todas estas flores de Rosa Artero y Marcelo Fuentes (y cómo le agradecí a este, hace años, que cerrara una serie de aguafuertes cúbicos, de deshumanizados bloques de viviendas, tan característicos de su obra, con uno de crisantemos).

Entran en nuestra casa hoy para civilizarla un poco más. Las rosas que hemos comprado ayer en nuestra floristería de barrio, han venido a ocupar el lugar de unas mimosas. Estas rosas se quedan mirando las que han pintado nuestros amigos como miramos nosotros las fotografías de nuestros antepasados, vivos en nosotros mientras les recordamos. Las flores de Marcelo y Rosa nos recuerdan a lo vivo las rosas vivas (ninguna flor muere cuando se la corta), y las pintadas son rosas vivas también. Han pintado la vida. Y todas nos gustan, naturales y pintadas. Todas son ya de la familia, y viven con nosotros.

Febrero, 2017



M- *Flor nº127* 27,5x29 óleo-lienzo

R- Flor nº 26 24x27cm carbón

R- *Flor nº2* 21,5x19,3cm óleo-lienzo

M- *Flor nº123* 30,5x32cm óleo/lienzo

R- *Flor nº3* 24.8 x 25,5 óleo-lienzo

M- *E n°66* 28,2x24cm óleo-lienzo

M- *F.nº105* 30,4x32cm óleo-lienzo

R- *Flor nº4 18*,7x20 óleo-lienzo

M- *F. n°64* 25x24,5cm óleo-lienzo

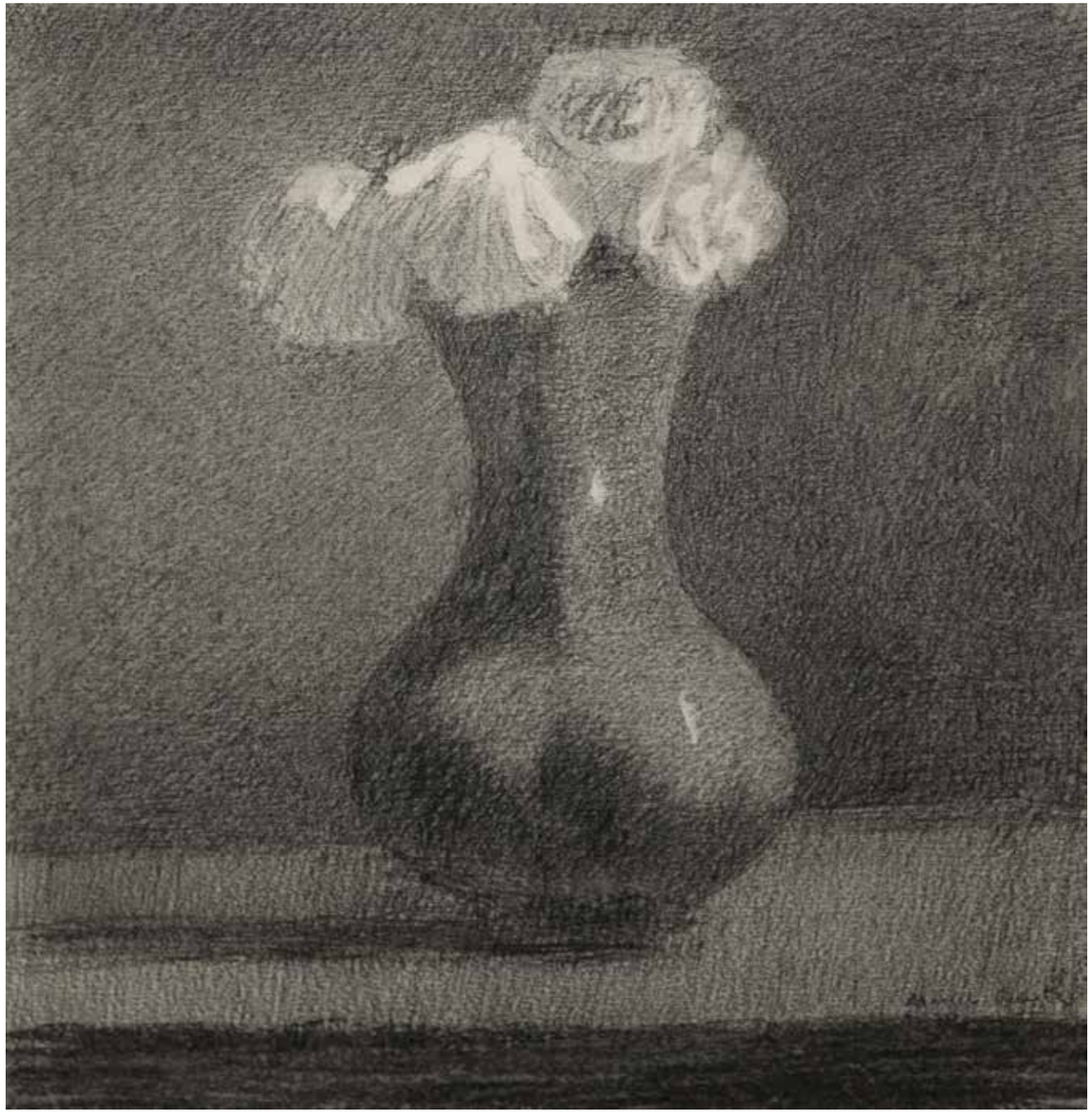
M- *F. nº106* 27,7x37,5cm acuarela

M- *F.n° 61* 23x26cm óleo-lienzo

R- *Flor nº6* 23,2x30,4cm óleo-lienzo

M- *E n°8* 22x16,5cm óleo-lienzo

R- *Flor n°7* 19x27cm óleo-lienzo



M- *Flor nº135* 35x33,2cm carbón

M- *F.n°57* 25x27,7cm óleo-lienzo

M- *Flor nº134* 37,5x44,5cm carbón

M- *F nº88* 26x23cm óleo-lienzo

M- *F.n°39* 24x26,2cm óleo-lienzo

R- *Flor nº48* 21,5x22,3cm óleo/lienzo

M- *F nº91* 25,2x35cm carbón

R- *Flor nº9* 24,5x25 cm óleo-lienzo

R- *Flor nº10* 22,3x27cm óleo-lienzo

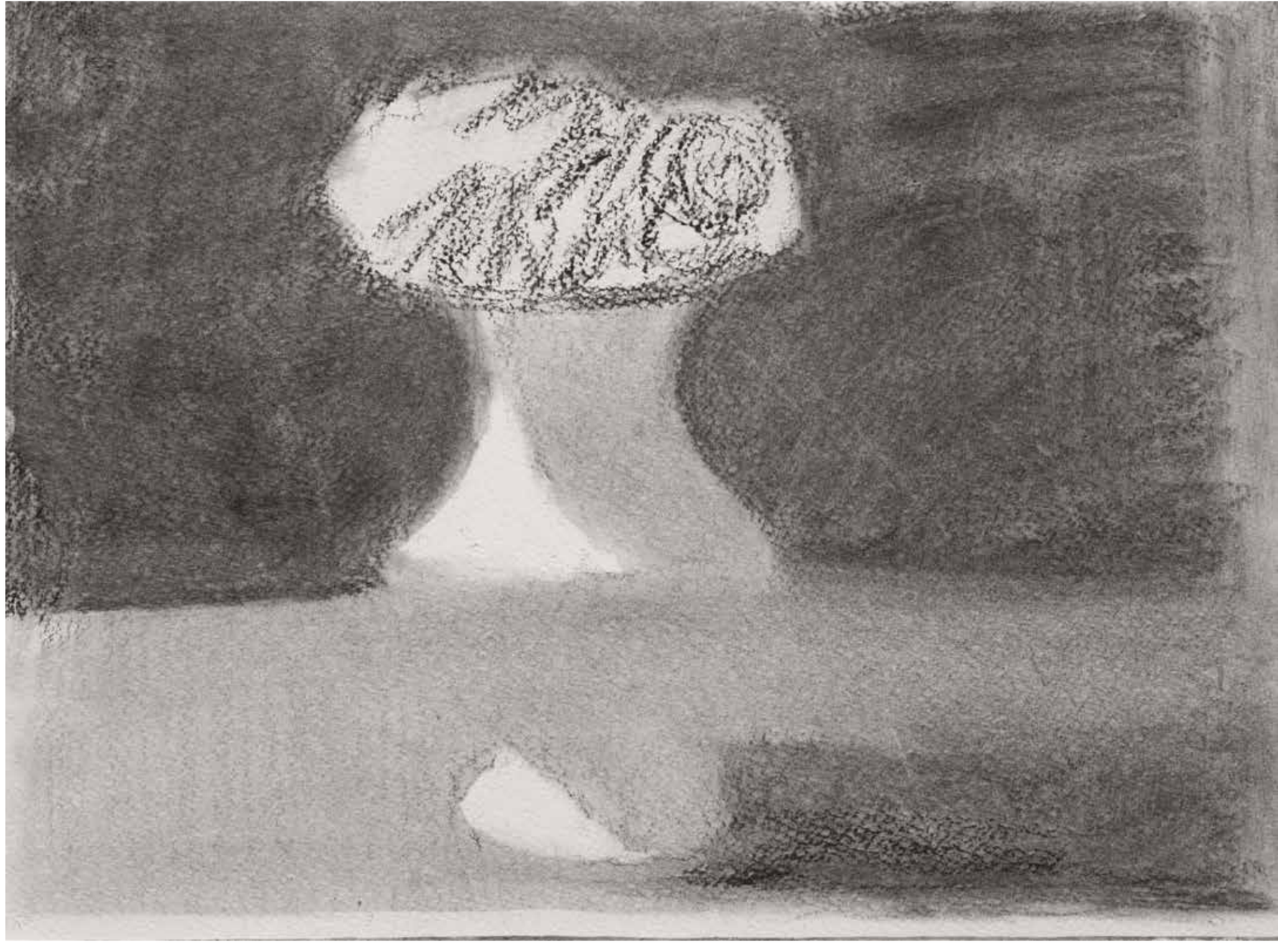
R- *Flor nº11* 24x27cm óleo-lienzo

R- *Flor nº40* 21,5x20,8cm óleo/lienzo

R- *Flor n°39* 25,2x32,3cm óleo/lienzo

M- *Flor nº121* 33,7x28,5 óleo-lienzo

M- *F.n°41* 29x32cm óleo-lienzo



M- *Flor nº129* 27,7x38,7cm carbón

R- *Flor nº16* 28x32 óleo-lienzo

R- *Flor nº17* 23,2x20,5cm óleo-lienzo

M- *E nº108* 37,5x47,5cm carbón

M- *Flor nº124* 30x22cm óleo/lienzo

R- *Flor nº18* 26,7x26,7cm óleo-lienzo

M- *F n°95* 30x29cm óleo-lienzo

R- *Flor n°20* 18,5x22cm óleo-lienzo

M- *F n°58* 27,2x35,4cm óleo-lienzo

R- *Flor nº21* 22x27cm óleo-lienzo

M- *F. nº38* 28x24cm óleo-lienzo

M- *F n°85* 27x37,5cm acuarela

M- *Flor nº122* 29x29,7cm óleo/lienzo

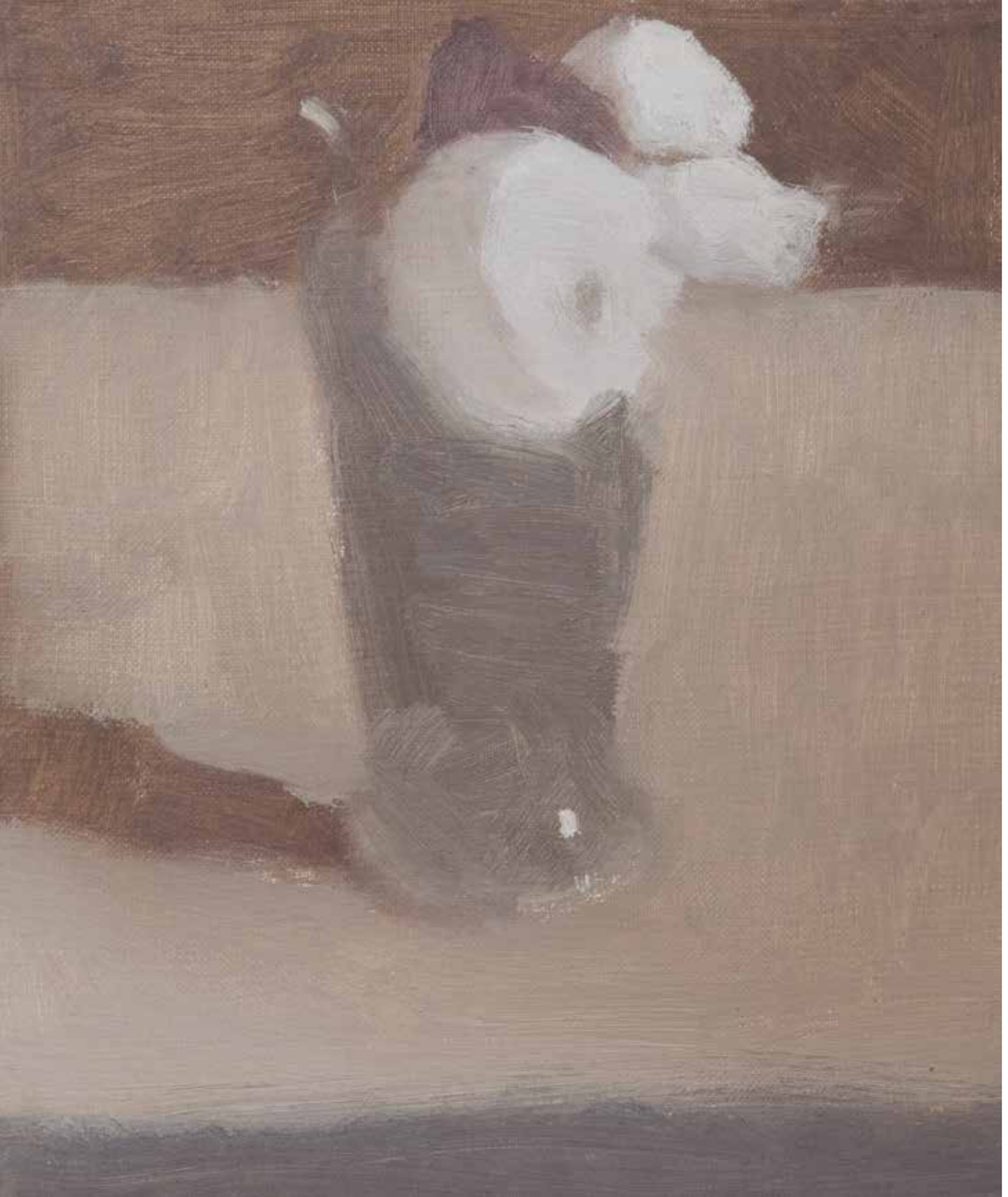
R- *Flor nº22* 16x19,5cm óleo-lienzo

R- *Flor nº30* 20,4x21,5cm óleo-lienzo

R- *Flor nº47* 24,3x18,3cm óleo/lienzo

R- *Flor nº54* 25x32cm carbón

M- *Flor nº133* 35,5x35,2cm carbón



R- *Flor nº23* 23x23,5cm óleo-lienzo

R- *Flor nº28* 25x18,6cm óleo-lienzo

M- *Flor nº125* 29,5x32cm óleo/lienzo

M- *Flor nº73*, 24,5x24,5cm acuarela

M- *F nº96* 28x39cm carbón

De las imágenes ©Rosa Artero ©Marcelo Fuentes

De los textos ©Andrés Trapiello

Diseño ROMA

---

www.marcelofuentes.net

marcelofuentes22@hotmail.com

www.rosaartero.es
artero.rosa@gmail.com

Este catálogo se ha realizado con motivo de la exposición en la Galería Juan Manuel Lumbreras, en septiembre de 2017

R- *Flor nº25* 26,5x26,5cm óleo-lienzo

JUAN MANUEL LUMBRERAS

GALERIA DE ARTE